

Apreciada Comunidad externadista:

¡Bienvenida a la inauguración de cuarenta y ocho mil nuevos metros cuadrados de educación para la libertad! ¡Bienvenida a la entrega de dos nuevas investigaciones de importancia para nuestro país! ¡Bienvenida al festejo de la relevancia del Externado de Colombia en el contexto nacional e internacional!

La fortaleza y la solidez de nuestros principios, así como el optimismo que de ellos deriva, se reflejan hoy, 15 de febrero de 2018, en nuestro aniversario 132. Con la actual infraestructura y con nuevas publicaciones, fruto del esfuerzo de su plantel docente, reflejamos nuestro crecimiento físico y académico, que nos permite decirles con orgullo a nuestros predecesores y a la sociedad colombiana de hoy, que el Externado de Colombia sigue vigente, grande y pujante.

¡Seguimos construyendo el futuro inspirados por nuestro pasado! Tomo del gran pensador austríaco Karl Kraus uno de sus aforismos: *la meta está al principio*. Esto no quiere decir trasladarse a las condiciones del pasado y simplificarlo, repitiendo que *todo tiempo pasado fue mejor*. La esencia del aforismo apunta a reivindicar los principios fundadores, la lucha de los precursores, la coherencia entre los principios rectores consagrados en los estatutos y la acción, la dignidad de disentir y, sobre todo, la obstinación en construir utopías.

Y es que el Externado de Colombia fue y sigue siendo una utopía. La concepción libertaria, tolerante y pluralista de nuestra universidad, desde sus inicios hasta el presente, ha sido y sigue siendo un referente obligado de la democracia de Colombia, que aún tiene mucho para aprender de nuestro ideario. De ahí la importancia de escudriñar, así sea brevemente, lo acaecido en sus primeros años para comprender lo ocurrido en el país por aquel tiempo y entender así mejor nuestro presente.

Quiero referirme, en primer término, a uno de los libros que hoy presentamos, escrito por nuestro profesor e historiador Juan Camilo Rodríguez Gómez. Su título no puede ser más evocador: *La luz no se extingue. Historia del primer Externado. 1886-1895*. Este libro, cuya lectura sugiero decididamente, es la más clara explicación de nuestros orígenes, de por qué y en qué contexto nacimos. Sin poder adentrarme ahora en los detalles de esta importante investigación, sí puedo afirmar con vehemencia que algo de lo que puede sentirse muy orgulloso el Externado es de su historia y de sus orígenes.

El nacimiento de nuestra Universidad en el año de 1886 es en extremo significativo. Coincide con la llegada de Rafael Núñez al poder, en 1885, con su movimiento de la Regeneración; pero sobre todo, coincide con la proclamación de una nueva Constitución Política para el país, contraria a los ideales del Externado, que se inspiraban en cambio en la Constitución de 1863. Sin disponer del tiempo para referir los profundos y variados cambios sociales y políticos producidos en ese entonces, sí es forzoso resaltar, al menos, que en nuestra casa de estudios, a diferencia de otras universidades cooptadas por el gobierno de Núñez y Caro –como la Nacional y el Rosario–, se enseñó con libertad de cátedra, sin espíritu dócil y sin dogmatismo.

Para el Externado, emerger en este contexto tuvo múltiples repercusiones. Nacimos con dificultades de toda clase. Por ejemplo, nuestros profesores no devengaban salario y prestaron parte del mobiliario para los primeros salones que se alquilaron en el hoy llamado Palacio Liévano de Bogotá, sede de la alcaldía. Estos profesores y sus alumnos fueron perseguidos por los exponentes de la Regeneración, vilipendiados por quienes detentaban el poder. Nos llamaban pedantes, irrespetuosos, cáncer de la sociedad, irreverentes, incrédulos. Pero más pudieron las convicciones de libertad y el coraje de nuestros ideales fundacionales que las adversidades, las cuales no hicieron otra cosa que fortalecer el patrimonio indestructible que seguimos conservando. Perplejos, miramos el presente y ante él reafirmamos nuestro ideario.

El espíritu inicial del Externado siguió marcando la historia de nuestra institución y del país. Siempre que Colombia ha requerido que se encienda la llama de la libertad, hemos estado presente.

Así, durante la Guerra de los Mil días, entre 1899 y 1902, que dejó más de 100.000 muertos –el 2.5% de la población de entonces-, los externadistas tuvieron una influyente participación que, por ejemplo, llevó a prisión a Ricardo Hinestrosa Daza, quien años después sería nuestro rector. Hace 100 años, el 2 de abril de 1918, cuando el *alma mater* retornó a sus labores y se presentaron discusiones sobre su sentido en el seno de nuestra sociedad y de la realidad del momento, se concluyó que esta universidad no quedaría bajo la égida del partido liberal, como algunos pretendían. Tal como lo señaló un profesor en 1924: “En un santuario del saber no debe sonar la voz de mando de ningún caudillo”.

A lo largo del siglo XX, el Externado siempre retornó a sus raíces, incluso cuando en administraciones liberales llegaron a expresarse propuestas contrarias a su espíritu. En ese sentido, buen ejemplo es lo ocurrido en los años treinta del siglo XX, cuando en el gobierno de Olaya Herrera llegó a proponerse el cierre de las facultades privadas para optar por un mecanismo de una sola y gran universidad pública. El rector, Diego Mendoza Pérez, advirtió entonces: “Este es un atentado contra la libertad de enseñanza. Para clausurar la escuela tendrán que pasar sobre mi cadáver”.

Para no hablar de nuestro estudiante y a la postre presidente de la República, Alberto Lleras Camargo, quien, junto con compañeros de varias universidades, patrocinó las manifestaciones del 8 y 9 de junio de 1954, que terminaron con la caída del General Rojas Pinilla en 1957; o de las protestas estudiantiles que en 1978 se opusieron tajantemente al Estatuto de Seguridad del presidente liberal Turbay Ayala, que restringió en extremo las libertades y amparó torturas gubernamentales y violaciones de derechos fundamentales.

Nuestra historia ha supuesto también sacrificios. No solo de nuestros fundadores, sino a lo largo de nuestros 132 años de existencia. Recuerdo breve pero muy afectuosamente a nuestros maestros inmolados en el holocausto del Palacio de Justicia, en momentos en que estábamos por conmemorar nuestro primer centenario. Pienso en el Jardín de los Maestros Ausentes y evoco también a otras personalidades de la vida académica y nacional, como Enrique Low Murtra, Rodrigo Lara Bonilla, Hernando Baquero Borda y Carlos Ernesto

Valencia García, asesinados por el narcoterrorismo o las mafias de la corrupción. A pesar de ello, el Externado se levantó, y con el ejemplo de estos mártires contribuyó poco después en los grandes cambios que condujeron a la Constitución de 1991 y los avances que ella significó.

Reitero con Kraus: *la meta está al principio*.

Nuestro ADN reflejado en el primer trabajo presentado, se complementa con la otra publicación anunciada, que no puede estar más vigente en la coyuntura actual del país. Es una obra cuyo título general es el de *La corrupción en Colombia*, que constituye la segunda entrega de nuestra colección *Así habla el Externado*. Se trata de una investigación iniciada hace dos años, compuesta de cuatro tomos con 47 escritos, en la que participaron centros de investigación de todas las facultades. Esta colección, enhorabuena, contribuye a superar barreras académicas que equivocadamente se forman por la propensión a la autarquía de cada ciencia, y es muestra de los beneficios de la interdisciplinariedad. Mucho dará para hablar.

Si bien el tema de la corrupción es sin duda trascendente en las campañas electorales que están en curso, su estudio trasciende la coyuntura, porque es un mal endémico que se incrustó en la sociedad colombiana y se tornó sistémico e inherente a nuestro actuar social. Ese flagelo grotesco, despreciable, antidemocrático, tristemente usual, es una enfermedad de nuestra cultura que se debe superar. Una educación que se respete tiene que inculcar rectitud a la juventud, decoro, creencia en la perfectibilidad humana y optimismo. Es preciso rechazar con vehemencia toda postura dirigida a excusar la corrupción, así sea justificándola en la debilidad del ser humano. El valor del dinero quiere asfixiar los valores de la democracia y de la cultura ciudadana.

Que quede claro: la corrupción no es de la naturaleza humana, ni en un acto corrupto puede incurrir cualquiera. Ser corrupto supone deficiencias morales e intelectuales básicas que aquejan a quienes toman atajos éticos; a quienes creen en la disponibilidad de dinero aun indecente como sinónimo de éxito y de adulaciones falsas; a quienes desestimulan el estudio y la superación exigente; a quienes hacen política usufructuando carteles de muerte y deshonestidad. Una mente

corrupta no es una mente libre, es una mente esclava. Esclava de sí misma y de sus descompuestos cimientos. Es una mente falseada porque degrada y hace perder la integridad de la persona al sustituirla por un estado de desfiguración, denigrante y ominoso. No sobra recordar que mayoritarios sectores y actores de nuestra sociedad transcurren su vida con probidad, sin asomo alguno de ceder a la tentación de incurrir en actos corruptos, y ello prescindiendo de las asperezas y, en tantas ocasiones, de la extrema lentitud a la hora de materializar los frutos de sus ingentes esfuerzos.

El espíritu de nuestra historia sigue vigente hoy más que nunca. Externadista que atente contra estos principios no puede tener el honor de llamarse egresado de nuestra universidad. No a la corrupción, no al dogmatismo, no a posiciones excluyentes, no a las murallas, no a la discriminación, no a la petulancia. El Externado es todo lo contrario.

A más del legado de nuestra historia, el Externado es también educación para la incertidumbre, más que para la seguridad. Recuerdo al maestro Fernando Hinestrosa cuando en un correo cotidiano a su nieta, le decía: “Qué tediosa y aburrida sería la vida si uno supiera de antemano su futuro. Amar lo incógnito, disfrutar de lo desconocido. Tomar el destino como se vaya presentando”. Recuerdo también al humanista francés Edgar Morin: “la vida es un océano de incertidumbres, con archipiélagos de seguridad. No a la inversa”. Solo en el desprendimiento se goza de la libertad individual. Solo cuando la incertidumbre se integra a lo cotidiano, se mitiga la angustia. Solo cuando se ama el futuro aún incierto se puede avanzar más. El antídoto es tener la entereza individual para sobreponerse a los momentos difíciles.

¡Que los dos libros anunciados y presentados en nuestro aniversario sean de utilidad para el debate público y las políticas a seguir ¡¡Que lo que en ellos se expresa encuentre eco! No se debe olvidar que la academia es el poder más importante de una sociedad, no porque sea el que decide, sino porque es el poder que ilustra con su libertad inherente a los gobernantes.

Paso ahora, bien importante en el día de hoy, a referirme a la entrega de nuestros nuevos edificios H e I. Nuestro crecimiento físico es el resultado de las necesidades que van surgiendo por la creatividad de los programas académicos, que responden a la necesidad creciente del país. En principio fue solo la facultad de Derecho la que requería sede. Pero a partir de los años 60 del siglo pasado se diversificó la universidad, con una verdadera explosión de programas de diversa índole, siempre centrados en las ciencias sociales y humanas. La infraestructura, soporte de nuestra misión, tenía que crecer al ritmo de la Universidad. De los edificios A a G, construidos en un interregno de 40 años, se llega ahora a los H e I, que prácticamente duplican nuestra capacidad instalada. En los últimos cinco años el crecimiento en estudiantes matriculados ha sido de 3.100, y más que buscar ampliar el número del estudiantado, lo que se pretende con estas obras es poner a disposición de nuestra comunidad mayor comodidad y tecnología. El diseño y la planeación de las obras se realizan, siempre, pensando en las necesidades de los estudiantes, que eligen el Externado por su sello de calidad, su prestigio y su trayectoria. Los nuevos edificios reflejan y potencian el crecimiento académico de la institución.

Los datos técnicos de la nueva infraestructura están en las pantallas dispuestas en estas sedes, que complementan significativamente nuestro extraordinario complejo educativo, moderno y funcional, a la altura de los mejores de la academia internacional. Se trata de edificios inteligentes, altamente tecnológicos, con compromiso ambiental como lo demuestra, entre otras, su sistema bioclimático, el incremento de la arborización y la implantación de nuevas especies, así como la cesión al Distrito Capital de un parque de dos mil doscientos metros cuadrados acondicionados para el uso de la comunidad, y de una franja ambiental, de ocho mil cuatrocientos metros cuadrados.

Dicho lo anterior, considero oportuno reflexionar sobre la relación entre nuestro nombre y las obras que aquí se ponen al servicio de la comunidad y del país.

Externado significa también algo que nos rodea, la importancia de otros distintos, lo externo, extrínseco y ajeno. Los fundadores quisieron diferenciarse del internado como centro de educación, pensamiento o fe donde residían los estudiantes o creyentes religiosos. Esos

fundadores expresaron la relevancia del entorno, de la atención hacia el escenario que nos rodea y la importancia de los lugares públicos. El nombre Externado es también una forma de pensamiento abierto al mundo, una concepción del saber sin dogma, la fraternidad sin prejuicios, en pocas palabras, la libertad como celebración pública y fiesta de la inteligencia.

Es por ello que nuestra universidad no tiene puertas, que no se necesita identificación para ingresar en ella, que está integrada sin fronteras a la urbe, que cualquiera la puede recorrer. Este elemento distintivo debe preservarse como esencial en nuestro campus.

Y es que la arquitectura y la educación tienen recíprocas afinidades. Los espacios y las construcciones deben concebirse en concordancia con su naturaleza pedagógica. Pero no es asunto de simples fachadas, aulas, zonas verdes porque, incluso dentro de nuestras paredes, los baños retratan la pedagogía del respeto y la dignidad.

Si debemos entender que somos donde estamos, que la belleza debe buscarse para un buen vivir, basta mirar el entorno que en este instante gozamos. Son, lo reitero, nuevos espacios de educación para la libertad con un alto nivel estético, funcional y ambiental.

Colofón

Aquí están sus edificios, Maestro Fernando Hinestrosa. Por una hermosa coincidencia de la vida llevan las dos primeras letras de su apellido, lo cual no es de extrañar porque son el resultado del diseño, concepción y financiación de su rectoría. La actual administración fue simplemente ejecutora –eso sí juiciosa y austera- de su propósito. Esta obra era, maestro querido, su sueño, su ilusión y su proyección. Siga descansando en paz, que gracias a usted la obra se hizo realidad.

No podría concluir sin agradecer a quienes hicieron posible este sueño: al Consejo Directivo de nuestra universidad, por ser siempre nuestro referente; al Comité de obra integrado de parte nuestra por los doctores Arturo Valencia y Pablo Andrés Córdoba, y por parte de Payc S.A. -encargada de la interventoría y de la gerencia de la obra-, por Alonso Pérez –su gerente-, Juan Carlos Piraquive y Leila Collantes; a García

Reyes Arquitectos –y en especial a Enrique y a Roberto García-, que ha realizado el diseño arquitectónico de los últimos edificios de nuestro campus incluyendo los presentes; a todas las empresas contratistas que participaron en este proyecto; al equipo de jardineros coordinado por Marco Rafael Borja, que engalanó aún más nuestros jardines; a Marta Hinestrosa, a Ana Lucía Montoya, y a todo el equipo administrativo de la Universidad, por su vigilancia permanente y cotidiana en todos los detalles de mobiliario, de estética y de tecnología. Es casi superfluo afirmar que aquí se destacan las personas que mayor compromiso y trabajo tuvieron con la obra, pero ello no impide agradecer a toda la comunidad que en un momento u otro hizo su aporte para llevar a buen puerto este feliz proyecto.

Para finalizar, recuerdo que en los primeros años de nuestra universidad a los estudiantes se les imponían en el pecho dos cucardas o escudos: cuando llegaban, a los llamados “hijos menores del Externado”, una que contenía la frase *Post tenebras spero lucem* (después de las tinieblas espero la luz); cuando egresaban, a los llamados “hijos mayores del Externado”, una que decía: *Lux non occidat* (la luz no se extingue). Con ello se quería mostrar que mediante nuestra formación de ciudadanos libres y pluralistas se superaban las tinieblas, con el estudio que hacía perenne la luz que nunca habría –ni habrá- de extinguirse.

Estudiantes, exalumnos, profesores, trabajadores que integramos esta grandiosa Universidad Externado de Colombia: sigamos siendo faro del discurso democrático, tolerante, pluralista y probo en Colombia, para que la luz nunca se extinga. Preservemos todos la llama de la libertad.

¡La heredad sagrada sigue y seguirá creciendo!

Muchas gracias.